

experimenta en la compañía íntima de...” (p. 76); “en Leonor, como un símbolo de toda [todas] ellas” (p. 101); “de lo [los] que, porque la verán desvalida... querrán faltarle al respeto” (p. 115); “cuando creen ver que no las tienen, les parece [parece] que han estado usurpándoles y engañándoles con maldad refinada” (p. 119); “y lo usual iba siendo que cuando Lucía encontraba modo de ir a ver si los pajaritos azules tenían agua, o si había llegado la leche fresca, no mudarse [mudase] la conversación entre Sol y Pedro” (p. 149).

En la p. 122 parece haber un error heredado de otras ediciones en el que no se repara: trátase de un pasaje en que el narrador refiere, sin otra precisión, que “por allí... andaban lentamente, con las dos niñas menores, Sol y doña Andrea”. ¿Qué otras “niñas” podrían ser las que así comparten con esas dos mujeres marcadas por la pobreza, si no las hijas de Andrea y Manuel, o sea las hermanas de Sol o Leonor? Pero si Leonor o Sol es la menor de las hijas de ese matrimonio, en lugar de “niñas menores” ahí correspondería ‘niñas mayores’, o “hermanas mayores” (p. 128).

Con esos nuevos aciertos y decisiones de riesgo, esas nuevas certezas y sugerencias, el trabajo de edición, exégesis y recuperación de la novela dispone del fundamento textual necesario para transitar hacia una etapa de plena productividad.

OSMAR SÁNCHEZ AGUILERA

JAMES VALENDER, y GABRIEL ROJO LEYVA, *Las Españas. Historia de una revista del exilio (1946-1963)*. El Colegio de México, México, 1999; 794 pp.

Hace ya muchos años (concretamente en un artículo publicado en la revista *Nosotros* en 1941) aludió Guillermo de Torre a la importancia de las revistas: “yo presiento que ese papel histórico adjudicado a las revistas irá creciendo en lo sucesivo, a medida que vayan cambiando los métodos de escribir las historias literarias”. Afortunadamente, los historiadores de la literatura cada vez toman más conciencia del fundamental valor de la investigación hemerográfica, y una excelente prueba la tenemos en este libro.

El objeto de estudio es una revista de la que se habla mucho, pero que hasta ahora se conocía poco, a pesar de ser una de las publicaciones más longevas y de mayor prestigio del exilio español, como los autores señalan, indicando además que la revista fue un “proyecto político y literario de largo alcance”.

El libro está dividido en tres grandes partes: primero un estudio introductorio (a pesar de la modestia del epígrafe, se trata de un es-

tudio completo sobre la revista), donde se trata la ideología y la labor cultural de la revista, que lleva como apéndice valiosos testimonios de Manuel Andújar y Anselmo Carretero, entre otros. La segunda parte contiene utilísimos índices (generales y onomásticos), pero los editores han tenido el acierto de incluir aquí, además de los artículos de *Las Españas*, los de dos revistas que fueron sus antecedentes directos: *Aragón* y *Ruedo Ibérico*. La tercera parte es una extensa antología de la revista, que da cuenta de sus distintas vertientes, a la vez que permite abundar en los elementos apuntados en la primera parte. De este modo tenemos en el mismo libro la revista, aunque antologada, y el análisis de la misma, lo cual resulta muy útil tanto para el investigador (que nunca podrá agradecer lo bastante los índices onomásticos bien hechos) como para el que se quiera acercar movido por otros intereses.

El libro merece elogios en varios sentidos. Cubre un espacio fundamental del exilio español: desde la incertidumbre y la desazón tras el fin de la Segunda Guerra Mundial al cambio de orientación (motivado por el apoyo estadounidense), que empieza a dar sus frutos en la década de 1960. El estudio se ha realizado en el momento adecuado: con la suficiente distancia temporal, pero cuando todavía muchos de sus protagonistas pueden aportar datos valiosos para el análisis (sabido es que cada investigación tiene lo que podríamos denominar un “período óptimo”, y que cuando este período pasa, es decir cuando desaparecen los protagonistas, con ellos se marchan datos y testimonios imposibles de recuperar por otras vías). Por otra parte, el análisis de la revista está realizado con método, rigor y claridad expositiva. Desde las primeras páginas asistimos a la contextualización y enumeración de los objetivos de la revista que consiste en mantener la continuidad de la cultura nacional en libertad; constituir un órgano de difusión cultural y de discusión política y, además, “lograr la unidad entre las diferentes facciones que conformaban el campo republicano en el exilio” (p. 28): “Todos los pueblos de España, todas las Españas, son para nosotros igualmente entrañables. Consideramos voz tan española la de Maragall o la de Rosalía de Castro, la de Manuel de Elzo o Domingo de Aguirre, como la de Fernando Villalón, la de Federico, la de Galdós o la de Antonio Machado” (p. 30). Preocupación reflejada ya desde el título, si bien con el tiempo se convirtió en una propuesta de carácter federalista. Por otra parte, los cambios en la política internacional (levantamiento de las sanciones al gobierno de Franco en 1950, decisión de instalar bases americanas en España...) y sus consecuencias en el exilio español (principalmente la toma de conciencia de que el protagonismo en la lucha antifranquista lo iba a tener el grupo que residía todavía en España) tendrán importantes repercusiones en la revista: de *Las Españas* pasaremos entonces a *Diálogo de Las Españas*. Tras esa voluntad de

unión entre todos los antifranquistas (los de dentro y los de fuera del país), la otra tarea fundamental de los redactores de *Las Españas* era idear una nueva república, pero todo ello desde la libertad (la revista no aceptaba aportaciones económicas institucionales) y desde el talante crítico, como se ve en el gran número de artículos de esos años en que se preguntan no sólo por qué perdieron la guerra, sino, sobre todo, por qué entraron en ella. Entre los colaboradores de *Las Españas* están muchos de los principales nombres del exilio: Pedro Bosch-Gimpera, José M. Gallegos Rocafull, Ramón Gaya, José Herrera Petere..., luego la lista se amplió con intelectuales que vivían en España, entre los que debe destacarse a Gabriel Celaya.

Valender y Rojo no descuidan el análisis del diseño gráfico de la revista, pues: “para los redactores de *Las Españas* la expresión plástica también cumplió una función ideológica” (p. 35), de sus secciones (donde apreciamos el hiato que se produce entre las generaciones mayores y las menores dentro del exilio) o los aspectos de financiamiento y distribución. Pero sin duda uno de los capítulos más importantes es el segundo, dedicado a la evolución política, donde se analizan, por su importancia, algunos folletos editados por la revista, como *Por un movimiento de reconstrucción nacional* (1949), de José Ramón Arana. Durante los diecisiete años de la revista, su evolución política fue muy intensa: de la inicial confianza en la intervención internacional se terminó llegando a la confianza en que debían ser los antifranquistas que residían en España los adalides de la lucha.

El capítulo tercero, titulado “Hacia una España Federal”, contiene un discurso muy actual, en el que, además, se señala hábilmente que el campo de la historiografía se resintió mucho, porque la utilizaron de modo partidista tanto los franquistas como los antifranquistas. Siguiendo la línea del regeneracionismo y de Unamuno, *Las Españas* enfoca este asunto partiendo del presupuesto de que el sujeto de la historia es la tradición que se encarna en el pueblo; cabe destacar, además, el excelente análisis de las ideas sobre la historia de Anselmo Carretero, uno de los principales responsables de la cuestión histórica en la revista. En el capítulo IV, dedicado a las “Acciones culturales”, asistimos a otro debate fundamental: el de la misión del intelectual, debate establecido en diferentes revistas del exilio español hacia 1946, en el que participó *Las Españas*, y que hoy sigue teniendo gran valor. Del análisis se deduce que para esta revista la noción de cultura llevaba implícita la de compromiso, pero sin que ello implique necesariamente la obediencia ciega a determinadas consignas políticas. En “Centros de reunión” se trata de dos asociaciones (“Amigos de *Las Españas*” y el “Ateneo Español de México”), creadas entre 1948 y 1949 para ampliar más su campo de acción, que tuvieron gran valor, si tenemos en cuenta que se proponían contrarrestar el esfuerzo que el gobierno franquista estaba haciendo para

ganarse las simpatías de Hispanoamérica creando también centros de reunión, concretados en el Instituto de Cultura Hispánica.

El capítulo dedicado a tratar las cuestiones puramente literarias es el sexto (“Dos mentores literarios”) donde se aprecia la preferencia de la revista por Cervantes y Antonio Machado (otros nombres destacados son los de Cajal, Costa y Unamuno). Se nota a lo largo de todos estos intentos la voluntad de unir a los republicanos en el exilio, ya sea por medio de ateneos y asociaciones o en torno a figuras intelectuales, aunque señalan los autores que “más que valores estrictamente literarios, eran las cualidades éticas y morales asociadas con Cervantes y Machado las que finalmente les confirieron a éstos su ejemplaridad” (p. 181). Desde la revista se pretendió difundir la literatura del exilio de dentro y fuera de España, de los mayores y de los jóvenes y, finalmente, las distintas literaturas españolas (recuérdese lo apuntado más arriba sobre el federalismo, que, para los implicados en la revista, incluye Portugal); mención especial merece la difusión de la literatura catalana.

Si nos adentramos un poco más en la cuestión de los géneros, es notable el auge del ensayo histórico, filosófico, literario aunque se cultivaron otros campos: las artes plásticas, el cine, la música, la danza, la ciencia, la pedagogía o la jurisprudencia, dejando abiertas vías de investigación en estos sentidos. Es interesante el análisis de la sección “España en el recuerdo”, por la importancia de la nostalgia en el escritor exiliado. Respecto al cuento se aprecia la calidad literaria desigual, pero es valioso para analizar la tan discutida cuestión de los temas de la literatura en el exilio. En cuanto a la siempre tan polémica cuestión teatral, Valender y Rojo indican que “el teatro fue, por mucho, el género literario más castigado por las consecuencias del exilio” (p. 220). Por el contrario, es en la poesía donde encontramos mayor calidad estética. Buena parte de los poetas son ya consagrados, pero también se da paso a las jóvenes promociones, tanto del exilio como de España.

En “Visiones críticas de la cultura española de posguerra” se destaca la atención que la revista tuvo hacia la cultura que se desarrollaba en la Península, tratando obras estrictamente literarias, revistas, obras históricas, artísticas, filosóficas, científicas y tecnológicas. Aunque se reseña novela, sobre todo se prestó mayor atención a la obra de los poetas peninsulares. En este sentido, los editores muestran la evolución en la crítica de los exiliados: desde el inicial rechazo de lo producido en España (basado en la premisa de que nada se podía producir donde falta la libertad) al elogio, cambio ocurrido a partir de 1949, motivado también por la transformación de la situación internacional respecto a Franco, que tuvo, entre otras repercusiones en el exilio, el reconocimiento del papel que a partir de ese momento adquiriría la resistencia a Franco dentro del país, en detrimento de

los republicanos exiliados. Si bien, para dar una visión no parcial, cabe señalar que hubo voces discordantes y que la actitud antes citada tuvo consecuencias negativas para algunos poetas del exilio, que no comulgaban con los criterios estéticos de la poesía social, y que se empezaron a ver fisuras hacia esa aceptación en el último número de la revista. Todo ello demuestra que, efectivamente, la revista fue un verdadero puente entre las Españas, separadas por algo mucho más grande que el océano: por la cerrazón y la intolerancia.

El último capítulo del estudio introductorio, “Balance final”, nos ofrece, además de lo que el epígrafe indica, muestras de los ataques que sufrió la revista —estudiados en el entorno de la Guerra Fría— indispensable cuestión para entender las diatribas que recibió de *Nuestro Tiempo* (1949-1953), y se critica la actitud tergiversada que hacia la revista han tenido algunos investigadores recientes. A pesar de estas versiones distorsionadas, conviene destacar el papel pionero de *Las Españas* en el establecimiento de las relaciones entre el exilio y los intelectuales que residían en España. Además, este balance final trata del humanismo en la revista, pues “las alusiones al humanismo como base de los valores defendidos por *Las Españas* se reiteran una y otra vez en la revista, como si éste sirviera mejor que cualquier otro para distinguir su nacionalismo del nacionalismo del bando contrario” (pp. 279-280). *Las Españas*, dice Tuñán de Lara, “fue testimonio de las muchas dudas y angustias de los intelectuales exiliados, de sus esfuerzos, a veces fructuosos y otras fallidos, así como también de la «ausencia de brújula» que, en ocasiones, podía el exilio conllevar. Sin embargo, en ningún caso cayeron en el desespero” (pp. 272-273).

De esta descriptiva, y necesariamente apretada sinopsis, se deduce la importancia de este libro, cuya estructura combina el análisis con los testimonios, buenos índices y materiales de la revista, en una cuidada edición (también desde el punto de vista externo). Cuando todas las revistas del exilio español cuenten con un libro como éste se habrá dado un gran paso en la historia de la literatura española.

MARCELINO JIMÉNEZ LEÓN  
Universidad de Barcelona

OCTAVIO PAZ, *Memorias y palabras: cartas a Pere Gimferrer 1966-1997*.  
Seix Barral, Barcelona, 1999; 425 pp.

La publicación de las cartas dirigidas durante más de treinta años por Octavio Paz a Pere Gimferrer constituye una grata sorpresa y una prueba insólita de que el moribundo arte epistolar no ha desaparecido del todo al finalizar el milenio. La sorpresa no se refiere a la rela-